

# Padre y hermano, como san José

## Día del Seminario 2021

Catequesis para niños, adolescentes  
y jóvenes



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# Padre y hermano, como san José

## Catequesis para niños y adolescentes

Esta catequesis es válida tanto para niños y niñas pequeños como para adolescentes. El catequista adaptará el lenguaje atendiendo a la situación. Comenzamos estableciendo un diálogo con los niños o adolescentes:

- ¿Sabéis que es un sacerdote? ¿Conocéis a alguno?
- ¿Conocéis al sacerdote de la parroquia? ¿Sabéis por qué quiso ser cura? (quizá sea un buen momento para que conozcan el testimonio de algún sacerdote).

### ¿Qué hace un sacerdote? ¿Qué nos ofrece?

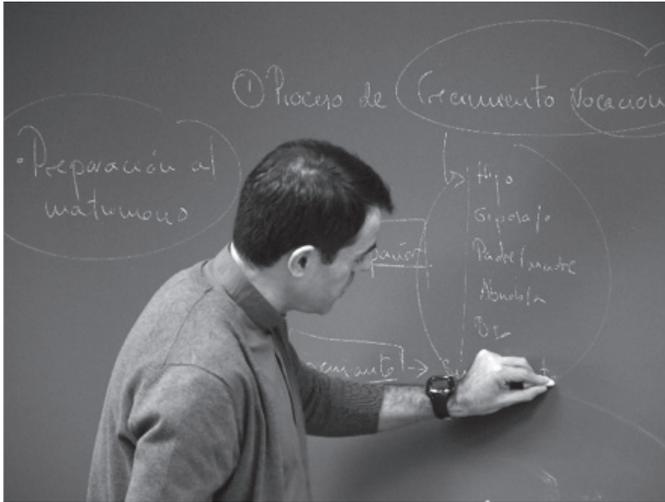
(Esta parte de la catequesis la haremos a modo del “juego del ahorcado”, para que los niños y niñas, fijándose en las imágenes y pensando en sus sacerdotes, vayan pensando en lo que un cura les puede ofrecer).



Nos ofrece la E \_ \_ \_ \_ \_ A



Nos E \_ \_ \_ \_ \_ A



Nos E \_ \_ \_ \_ A



Nos A \_ \_ \_ A



R \_ \_ A por nosotros



Nos P \_ \_ \_ \_ \_ A la A \_ \_ \_ \_ \_ A de conocer a Jesús

*Respuestas:*

1. Nos ofrece la EUCARISTÍA
2. Nos ESCUCHA
3. Nos ENSEÑA
4. Nos AYUDA
5. REZA por nosotros
6. Nos PREDICA la ALEGRÍA de conocer a Jesús.

Por todas estas cosas, y muchas más, los sacerdotes son para nosotros como un padre y un hermano.

Cada sacerdote recibió, un día, la llamada del Señor para una misión importante. Como san José, cuya fiesta celebraremos en estos días, también ellos han confiado en el Señor y le han dicho “sí”.

### ¿Recordáis la historia de san José?

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (...). Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús (*Mt 1, 18-25*).

- ¿Qué dificultades pensáis que vivió san José en ese momento?
- ¿Qué tentaciones?
- ¿Cuál fue su respuesta? (la confianza en Dios)

Dios le dijo que tenía que ser el padre de Jesús, y san José *confía* y acepta la misión.

- ¿Qué funciones pensáis que tuvo san José, como padre, con Jesús?

Pues todas estas funciones nuestros sacerdotes las tienen también con nosotros. Sobre todo *nos cuidan, se preocupan* de nosotros y *nos acercan a Dios*.

## La llamada de Dios se llama “vocación”

Es Dios quien llama a cada uno personalmente y cada uno responde libremente. Dios llama a colaborar en la extensión de su Reino. Ser cristiano es la gran vocación que cada uno ha recibido en el bautismo y que Dios llama a vivir dentro de la Iglesia en un estado concreto: como sacerdote, como laico como religioso, como casado... Al crecer, nos preguntamos:

- ¿Qué voy a hacer cuando sea mayor? ¿Qué seré?

Algunos descubren que están llamados a formar una familia. Otros sienten que Dios les llama a estar disponibles para vivir a su servicio: «Seré sacerdote, seré religiosa, seré misionero...».

Los discípulos del Señor vivieron también esta experiencia. Leamos su llamada y cuestionémonos si el Señor nos llama:

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación, los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él (Mc 1, 16-20).

- Ser pescador de hombres es ser servidor de todos los hombres nuestros hermanos. *¿Te gustaría? ¿Sientes que el Señor te llama a esto?*
- Los discípulos dejaron sus redes y lo siguieron. *¿Estás dispuesto a dejar todo para seguir a Jesús?*
- Fueron capaces de dejar todo, porque confiaron en Él. *¿Confías tanto en Jesús como para ir dejando todo aquello que te impida seguirle?*

### Oración

Para terminar, recemos juntos la oración de la Campaña del Seminario, y tengamos el *compromiso* de hacerla todas las noches, durante esta semana, pidiéndole al Señor por todos aquellos jóvenes que han recibido su llamada, y por todos nosotros, para que confiemos cada vez más en Él.



# Catequesis para jóvenes

## Introducción

Tras una pequeña oración de inicio y bienvenida se lanza la siguiente pregunta:

*¿Qué es para ti custodiar?*

Se hace una lluvia de ideas, dejando que los jóvenes expresen que entienden por *custodiar*.

El verbo *custodiar* es definido por la Real Academia Española como «guardar algo con cuidado y vigilancia». Todos tenemos algún bien, alguna posesión, que guardamos de este modo, buscando conservarla en las mejores condiciones posibles y que no se extravíe. Y esta custodia se hace mucho más intensa y delicada cuando lo que tenemos entre manos no es un qué, sino un quién: un hijo, un familiar dependiente, unos padres ancianos... El que custodia bien sabe que una parte de su vida estará puesta en la búsqueda del buen estado de aquello que guarda, porque es significativo para él, y que siempre tendrá un pedazo de su corazón puesto en ello o en ellos.

Así pues, la acción de proteger y custodiar es una llamada que toda la humanidad recibe para cuidar de lo otro y de los otros, tanto si es pertenencia en propiedad como si ha sido dado en calidad de prestación, como es el caso de la naturaleza o la vida humana, por ejemplo. Y en especial, los cristianos reciben una invitación a custodiar y preservar todo lo que ha sido regalado por Dios, y hacerlo por amor a Él.

Pero si esa custodia es una llamada y una responsabilidad de todos los cristianos, incluso de los alejados o no cristianos, los sacerdotes reciben de Dios una llamada especial a custodiar a los hermanos, a ponerse a sus pies, despojándose de sí mismos en atención al bien de los demás.

*¿Custodias algo?*

Piensa en tu vida por un momento, en el momento que estás viviendo. Comparte tu reflexión con el grupo sobre lo que estás custodiando; quizá no te habías parado a pensar que eras custodio de algo o de alguien.

Ahora piensa en la figura de un pastor. Imagínalo con su rebaño de ovejas pastando, siempre pendiente de ellas. Aunque haga frío o calor extremo tiene que sacar a pastorearlas para que se alimenten, para que se muevan y ejerciten. Tiene como objetivo su cuidado hasta dar la vida por ellas.

Invitamos a ver el siguiente video: *Pastores* (Quierver.org: <http://www.quiever.org/watch.php?vid=23859755a>)

Necesitamos también personas que nos custodien a nosotros, como si ahora nosotros fuésemos esas ovejas que andan en el rebaño que es la sociedad. Necesitamos de pastores que nos animen, que nos acompañen, que nos escuchen, que nos ilusionen, que nos reúnan...

Necesitamos de pastores, sacerdotes que sean custodios, nuestros custodios.

Leemos entre todos el siguiente texto:

El sacerdote realiza dos funciones principales, en las cuales se engloban y clasifican el resto de las tareas que realiza: estar con el Señor, orar; y estar cerca de los hombres y mujeres de este mundo, haciendo

presente a Cristo en medio de ellos. Ambas, la atención a Dios y al hermano, las lleva a cabo de un modo eminente en el ejercicio de su ministerio, cuando realiza su triple misión de enseñar, santificar y gobernar. De este modo, oración y acción no puede separarse la una de la otra: sin la oración, no puede haber un verdadero acercamiento al hermano desde Cristo; y sin el ejercicio de la caridad con el prójimo, queda sin tomar carne la oración a Dios.

Por tanto, esa custodia que el sacerdote hace de los demás pasa por la oración y por la acción. En la oración, el sacerdote no reza sólo por sí mismo, no es el centro. El sacerdote tiene muchas almas en la mente y en el corazón, muchas necesidades, muchos sufrimientos de otros, también muchas alegrías. Cuando se pone delante del Señor, ese deseo de que el otro esté bien, de que esté guardado por Dios, se concreta en la presentación de todas esas vidas que requieren una intervención y una cercanía especial por parte de Dios. Pues «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo».

De nada valdría orar mucho si después no hay presencia, puesto que uno de los modos que tiene Cristo de situarse en medio de la vida de las personas es a través de sus ministros, que son el rostro de Cristo. Las palabras, la mirada, el amor de un sacerdote reflejan las palabras, la mirada y el amor del mismo Cristo.

### Para la reflexión

¿Custodias con tu oración a aquel que lo necesita? ¿De qué modo?

¿Custodias con tu acción a aquel que lo necesita? ¿De qué modo?

¿Crees que Dios te pide un ejercicio de esa custodia y de la caridad más intenso que el que ya estás realizando?

Estas preguntas nos llevan a pensar en quién tengo que dirigir mi mirada de custodio, es decir, en pensar...

## ¿Quién es mi hermano? ¿Quién es mi prójimo?

Se puede lanzar la pregunta al grupo para que aporten ideas.

Los sacerdotes, todo el Pueblo de Dios, están llamados a guardar al otro. Pero, ¿quiénes son estos “otros” para el sacerdote? El lema de este año para el Día del Seminario dice: «Padre y hermano, como san José» El otro, para el sacerdote, es también su hermano. O, dicho de otra manera, su prójimo. Y, ¿quién es mi prójimo? La mejor respuesta la da el mismo Jesús en los evangelios, en un texto que ha sido recogido por el papa Francisco y que ha tomado como base de su última encíclica, *Fratelli tutti*:

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te

parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10, 25-37).

El papa Francisco nos sale al paso para aclararnos mejor el concepto, y proyecta un cambio de perspectiva sobre la identidad del prójimo:

Jesús propuso esta parábola para responder a una pregunta: ¿quién es mi prójimo? La palabra “prójimo” en la sociedad de la época de Jesús solía indicar al que es más cercano, próximo. Se entendía que la ayuda debía dirigirse en primer lugar al que pertenece al propio grupo, a la propia raza. Un samaritano, para algunos judíos de aquella época, era considerado un ser despreciable, impuro, y por lo tanto no se lo incluía dentro de los seres cercanos a quienes se debía ayudar. El judío Jesús transforma completamente este planteamiento: no nos invita a preguntarnos quiénes son los que están cerca de nosotros, sino a volvernos nosotros cercanos, prójimos.

La propuesta es la de hacerse presentes ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte del propio círculo de pertenencia. En este caso, el samaritano fue quien se hizo prójimo del judío herido. Para volverse cercano y presente, atravesó todas las barreras culturales e históricas. La conclusión de Jesús es un pedido: «Tienes que ir y hacer lo mismo» (Lc 10, 37). Es decir, nos interpela a dejar de lado toda diferencia y, ante el sufrimiento, volvernos cercanos a cualquiera. Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros<sup>1</sup>.

De este modo, el papa plantea no solamente mirar a los otros y considerarlos como prójimos y hermanos, sino que yo mismo me haga prójimo de los hermanos.

Los sacerdotes han sido llamados a entregar su vida por la salvación y la santidad de los hermanos. La llamada que reciben es doble,

<sup>1</sup> FRANCISCO, *Fratelli tutti*, nn. 80-81.

en este sentido: por un lado, su mirada no puede ser hostil hacia nadie, pues en todos los que Dios ha puesto en su camino están llamados a contemplar a un prójimo, sintiéndose guardianes suyos, y recordando que «cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*); por otro lado, están llamados a convertirse ellos mismos en prójimos que se detienen ante el otro, realizan los primeros auxilios, montan al otro en la propia cabalgadura, conducen al lugar de sanación, y se hacen cargo de todo lo necesario. Ahí está precisamente el servicio que todo sacerdote está llamado a prestar a los hermanos.

El sacerdote asiste también al prójimo más frágil. Este hermano puede encontrarse donde menos se espera: un miembro de la comunidad, una persona de la calle del pueblo donde sirve, e incluso el desconocido que en otro país sufre y muere de hambre y sed. El sacerdote sale de sí mismo, va al encuentro de cada persona que sufre, y los protege de todo aquello que le va quitando la vida, ya sea un elemento esencial material, como el hambre, la sed, la falta de vivienda, o un elemento espiritual, acercándose con un oído que escucha atento, una boca que pronuncia palabras consoladoras, un corazón de pastor que reconcilia con Cristo, o que unge por última vez preparando para el encuentro con el Señor. El sacerdote sabe orientar la vida de la persona hacia su mejor horizonte posible para seguir caminando.

Del mismo modo, los laicos reciben esta llamada de atender y custodiar la vida de los que más lo necesitan. De hecho, su incidencia en este campo puede ser mucho mayor, por la mayor posibilidad de adentrarse en los asuntos temporales del mundo. Cuando un laico lucha por la conservación de la vida y la dignidad del otro desde la concepción hasta la muerte natural, está siendo custodia y guardián de su hermano. Cuando lucha ante las injusticias del mundo para con quienes no pueden defenderse, está siendo custodia y guardián de su hermano. Cuando se quita de lo suyo para darle al que no tiene, está siendo custodia y guardián de su hermano.

¿Cómo es tu ayuda al hermano más débil, al prójimo?

¿De qué modo concreto colaboras, como acción caritativa, hacia el más desfavorecido?

Por ello, como nos dice el papa Francisco:

La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es «en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo». En esta tarea cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas<sup>2</sup>.

El papa Francisco nos invita en su exhortación apostólica *Christus vivit* a ser para los demás y a entender la vocación como un regalo de Dios:

Somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que recibimos (n. 253). Esta vocación misionera tiene que ver con nuestro servicio a los demás. Porque nuestra vida en la tierra alcanza su plenitud cuando se convierte en ofrenda... (n. 254). Tú vocación te orienta a sacar fuera lo mejor de ti para la gloria de Dios y para el bien de los demás (n. 257).

Quiero que sepan que cuando el Señor piensa en cada uno, en lo que desearía regalarle, piensa en él como su amigo personal. Y si tiene planeado regalarte una gracia, un carisma que te hará vivir tu vida a pleno y transformarte en una persona útil para los demás, en alguien que deje una huella en la historia, será seguramente algo que te alegrará

---

<sup>2</sup> FRANCISCO, *Fratelli tutti*, n. 115.

en lo más íntimo y te entusiasmará más que ninguna otra cosa en este mundo. No porque lo que te vaya a dar sea un carisma extraordinario o raro, sino porque será justo a tu medida, a la medida de tu vida entera (n. 288).

El regalo de la vocación será sin duda un regalo exigente. Los regalos de Dios son interactivos y para gozarlos hay que poner mucho en juego, hay que arriesgar. Pero no será la exigencia de un deber impuesto por otro desde fuera, sino algo que te estimulará a crecer y a optar para que ese regalo madure y se convierta en don para los demás. Cuando el Señor suscita una vocación no solo piensa en lo que eres sino en todo lo que junto a Él y a los demás podrás llegar a ser (n. 289).

Para visualizar y concretar todo lo expuesto vemos el siguiente video: «Sacerdote, regalo de Dios para el mundo» (Contracorriente Producciones) (<https://www.youtube.com/watch?v=ym2VbroDFJs>)

### Para la reflexión

¿Entiendo mi vocación como un regalo de Dios?

¿Lo medito? ¿Lo acojo?

¿Estoy dispuesto a ser custodio, a responder al regalo de Dios?

Busca ponerte un compromiso para dar respuesta a estas preguntas durante estos días. Si no puedes en este momento profundizar estas cuestiones, busca otro momento y lugar para ponerte ante el Señor y entender el regalo que te hace, quizá en la capilla ante el sagrario o en la naturaleza. Solo con la oración y un corazón abierto podrás dar respuesta a la llamada que el Señor te está haciendo.

Para finalizar nos encomendamos a san José, modelo de custodia y protección de las cosas de Dios, aun cuando los propios planes pasan a un segundo lugar para que prevalezca la voluntad salvífica

de Dios con la humanidad. Él, que custodió a la Sagrada Familia, custodie también nuestro ser cristiano, nuestra vida como laicos comprometidos y nuestro vivir entregados a los demás.

### Oración a san José

Salve, custodio del Redentor  
y esposo de la Virgen María.  
A ti Dios confió a su Hijo,  
en ti María depositó su confianza,  
contigo Cristo se forjó como hombre.  
Oh, bienaventurado José,  
muéstrate, padre también a nosotros  
y guíanos en el camino de la vida.  
Concédenos gracia, misericordia y valentía,  
y defiéndenos de todo mal. Amén.

